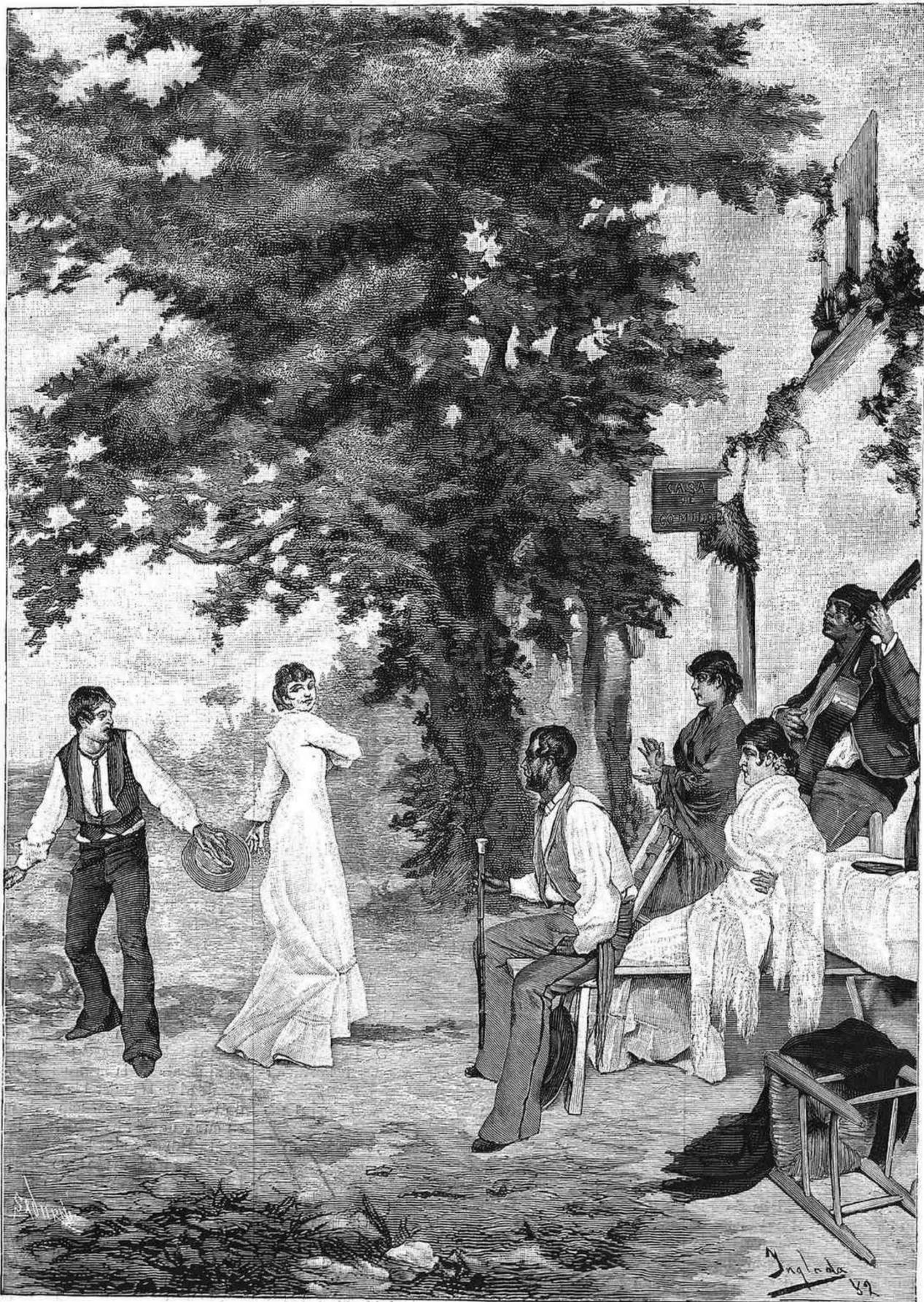




AÑO II

← BARCELONA 23 DE JULIO DE 1883 →

NUM. 82



UN VENTORRILLO EN ANDALUCÍA, cuadro por Inglada

## SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por don Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—EL DUENDE ENAMORADO, por don Pedro de Madrazo.—EL ENANO DE LA PRINCESA HILDA, por don F. Moreno Godino.—DIVISIONES DEL DIA, por don E. Benot.

GRABADOS.—UN VENTORRILLO EN ANDALUCÍA, cuadro por Inglada.—LUNA DE MIEL, cuadro por Alberto Schroder.—PLACERES DE ESTÍO, cuadro por F. Friedrichsen.—DOS FILÓSOFOS, cuadro por G. Sus.—ENSAYO DE UN NUEVO GLOBO DIRIGIBLE.—Lámina suelta: SELVA VIRGEN, por F. Lindner.

## REVISTA DE MADRID

Un término a la peregrinación de Zorrilla.—*El trovador que vaga errante*.—La lectura de poesías y el sostenimiento de la vida.—Tristes competencias.—Grandiosidad del poeta.—La ambrosía y los garbanzos.—El humo de la gloria.—Historia retrospectiva.—Lecturas en el Ateneo.—Estancia en Barcelona.—El proyecto de los granadinos.—Los cañamones del poeta.

¡Loado sea Dios! Ya podrá tener término esa peregrinación artística que el insigne poeta D. José Zorrilla está realizando al través de las provincias españolas.

Era cosa que dolía a los amantes de las glorias de España ver que ese hijo predilecto de las musas, al cabo de su larga vida no había sacado de su familiaridad con el Olimpo más que una corona de laurel siempre verde é inmortal, un báculo por el estilo del de Homero y una lira ó un laud ó un arpa con que acompañar sus poéticas composiciones.

Nunca se habrá podido afirmar, con más exactitud, que un vate vaticinó su porvenir lejano.

Zorrilla dijo de sí mismo hace tiempo:

*Yo soy el trovador que vaga errante....*

Y en efecto, le hemos visto vagar de pueblo en pueblo, de una á otra ciudad, llenando de armonías los espacios, enalteciendo las ruinas, despertando ecos dormidos en el corazón de los que habían educado su juventud con la penetrante savia del cantar de nuestras gloriosas tradiciones, emocionando á las muchedumbres y elevando el nivel moral á excelsas y sublimes alturas.

\* \*

Ciertamente; todo esto era muy bueno; y todos habríamos visto con grata satisfacción las correrías del poeta, si no hubiese venido á amargar nuestro placer la idea de que el trovador buscaba en esas excursiones el mantenimiento de su vida.

Si Zorrilla hubiese tenido rentas todos habríamos dicho:

—Qué feliz idea la de ese opulento poeta que recorre el mundo, no por el egoísta placer de recrearse él solo, sino inflamando de viva voz, con la recitación de sus mejores poesías, al público reunido en una sala de espectáculo.

Pero sabíamos que estaba pobre, y pensábamos:

—¡Cuán triste es la vida de ese poeta, que ha poseído incalculables tesoros de luz, de color, de esplendidez, y que se ve obligado, para vivir, á llevar esa errante y azarosa existencia, de ciudad en ciudad, á trueque de que un histrión cualquiera lo considere compañero suyo, y de que tal ó cual titiritero de esos que se hunden sables en el esófago y se engullen estopas encendidas diga, celoso de su competencia:

—¡No se gana un cuarto! Todo el mundo desprecia nuestro difícil arte, por ir á escuchar á un coplero llamado Zorrilla!

¡Esto partía el alma!

\* \*

Terminó, pues, merced á un elocuente discurso del Sr. Castelar y á la buena voluntad de todo el Congreso, la situación aflictiva del poeta Zorrilla.

Yo no quiero meterme á investigar el itinerario que á tal situación le había conducido. El hecho es que está pobre. Cantó y descuidó sin duda sus intereses. Pero no se puede negar que es el poeta en que se ha amantado nuestro siglo. No es la impresión de nuestro tiempo con sus luchas y sus vacilaciones, sus dudas y sus desencantos; pero es el poeta que asiste desde su altura á la transformación de la sociedad y entona himnos á las glorias pasadas, recoge las tradiciones, señala con su dedo los puntos brillantes de la historia, anima las tumbas, reconstruye los mármoles de las ruinas, y canta... canta el amor, la naturaleza, la religión, el arte, todo en fin lo que en nuestra juventud hemos sentido.

Pero el poeta que cantó *El reloj*, se olvidaba de que había de comer de tiempo en tiempo. Montado en su Pegaso creyó que el coche ó el wagon de ferro-carril no le eran necesarios; y el néctar y la ambrosía de los dioses que tenía tan á pasto, le impidieron recordar que en el mercado no darían por todos esos manjares mitológicos ni media libra de garbanzos.

Hicieron numerosas ediciones de sus libros; sus dramas se representaron con éxito en todas partes y su *Don Juan Tenorio* ha llegado á ser tan necesario como las campanas y los blandones funerarios en la noche del día de Difuntos.

Todo esto no alimenta á Zorrilla mas que con humo...

¡El humo de la gloria!

Y con esta gloriosa aureola ha estado á punto de que-

dar en la situación que él mismo predijo al concluir una de sus composiciones de este modo:

Que no importa vivir como un mendigo,  
Por morir como Pindaro y Homero!

\* \*

El poeta no ha tenido que mendigar la pensión de treinta mil reales que á guisa de recompensa nacional le ha concedido por votación unánime el Congreso.

Castelar ha tendido por él la mano; ha recordado en elocuentes períodos los méritos del poeta, su gloria artística, lo que en casos análogos se ha hecho en otros pueblos y los diputados no han tenido ni un movimiento de oposición á tal proyecto.

¡Cuán cierto es que el arte une más que nada en el mundo!

¡Ni cómo podía ser otra cosa!

Madrid debía esta satisfacción al gran poeta.

Este fué el pedestal primero de su gloria. Después se fué á América. Y cuando volvió tenía el carácter de un resucitado.

Las Cortes han pensionado á un poeta que ha permanecido largos años en *el otro mundo*.

Cuando llegó, la curiosidad fué general. Fué aclamado por todos los poetas. El público acudía ansioso á oírle recitar en el teatro. Alarcon, el primoroso novelista, como buen hijo de un pueblo inmediato á Granada, escribió una entusiasta y original carta, dando la bienvenida al poeta. Manuel del Palacio publicó en el *Gil Blas* de entonces donosas y chispeantes imitaciones—ó más bien, parodias,—del nuevo género poético de Zorrilla.... y todo el mundo á porfía trataba de conocer al poeta romántico que había salido de España con largas melenas y volvía casi con tonsura.

Aquel entusiasmo se apagó un poco.—En Madrid se necesita cada día un nuevo atractivo. La gran capital devora sus juguetes con voracidad monstruosa.

Años después Zorrilla emprendió sus lecturas públicas en el Ateneo. Ese *Cid* que los lectores de la *Ilustración artística* han visto con tanto lujo impreso, fué aplaudido, en gran parte, y aclamado en el Ateneo madrileño.

¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué fervor! ¡Qué entusiasmo! ¡qué delirio!

Yo escribí entonces en el *Globo* largos artículos haciéndome eco de aquellas lecturas.

Una vez—era de noche;—en el salón de retratos me pareció que la fisonomía pintada de Zorrilla movía los ojos, y que sus labios se entreabrían para dar salida á esta frase:

¡Muchas gracias, señor periodista..., muchas gracias!

¡Pero D. José Zorrilla en persona no me dió las gracias nunca!

¿Qué me importaba á mí?

Mi objeto no era otro que contribuir á aclimatar esa fiesta de las lecturas públicas que tanto habla en favor de la cultura de los países donde se practican.

Después Zorrilla pasó una gran temporada en Barcelona, donde según él mismo afirmaba halló una hospitalidad franca y cordialísima.

Y no sé ya dónde fué á parar al salir de Barcelona.

Sin duda comenzó esa peregrinación por las ciudades de España, en cuyo curso le ha interrumpido el Sr. Castelar con sus elocuentes acentos.

¿Qué hará Zorrilla ahora? ¿Seguirá en sus excursiones? ¿Las interrumpirá?

Hé aquí una cosa con que no habían contado algunos pueblos de importancia que contando con los dedos habían sacado la cuenta de que al fin y al cabo les tocaría el turno de ver á D. José Zorrilla.

Un habitante de una población por cuyas calles no ha vagado todavía el *trovador errante* me decía:

—Comprendo y aplaudo la pensión; pero no debían satisfacerle la primera mensualidad hasta que no hubiese terminado el ciclo de sus correrías. ¡Igualdad ante la ley! ¡Todas las poblaciones deben ser iguales ante la poesía!

\* \*

No hace mucho que la prensa de Granada tuvo un arranque que la ennoblece y ensalza sobremanera.

Inició el pensamiento de coronar á D. José Zorrilla, con gran solemnidad, en uno de los salones de la Alhambra.

El cantor de Granada merece este agasajo de los granadinos.

¿En qué estado se halla la cuestión? No lo sé. Pero se me antoja que está paralizada.

Sería sin embargo un espectáculo soberbio.

Toda la prensa de Granada, los escritores, las autoridades, las personas delegadas de Madrid y provincias, discursos, músicas, aclamaciones, el gozo en todos los semblantes, los recuerdos árabes de la sala de la Alhambra, la emoción, el delirio, el sol y la naturaleza de Andalucía... ¡Qué cuadro tan magnífico para un pintor de inspiración y talento!

\* \*

En una de sus últimas poesías Zorrilla ha hecho su genealogía del siguiente modo:

Mi madre fué una alondra,  
Mi padre un ruiseñor.

Y sin duda recordaba esto un diputado que después

del discurso del señor Castelar salió al salón de Conferencias diciendo:

—¡Ea!... Ya le hemos votado al poeta su ración anual de mijo y de cañamones!

PEDRO BOFILL

Madrid 20 de julio 1883.

## NUESTROS GRABADOS

UN VENTORRILLO EN ANDALUCÍA,  
cuadro por Inglada

Encima del portal de ese casucho hay un poste en que se lee: *casa de comida*.

Si supiera V. qué mal se come en esa casa....

Pero, en cambio, qué bien se baila....

Este es el secreto de su éxito.

No hay inglés cuyo *spleen* resista las viradas de una *bailaora* de la tierra de María Santísima.

Pues ¡y el gracejo de las *jaleaoras!*... ¡Y la *vis* del acatarrado *cantaor!*....

De suerte, dirán Vds., que el autor de estas líneas es aficionado á lo flamenco....

Distingo: cada cosa en su lugar. Bien está un santo en un altar y bien está una *Vénus* en un Museo.

Allí, en la tierra de Andalucía, en aquella deliciosa vega granadina que hizo olvidar á los árabes su país natal y entrever un pedazo del paraíso de Mahoma; ó asimismo cabe la corriente del Guadalquivir, en los barrios bajos de aquella ciudad que el rey santo tomó á los moros, pero que después de siglos continúa siendo tan morisca como antes; cuadra al forastero oír los acordes de la guitarra, que parece el eco del gemido del árabe errante á merced de su corcel; ó presenciar una de esas danzas que traen á la memoria las voluptuosas ondulaciones del cuerpo de una bayadera, plegándose, irguiéndose y replegándose como una serpiente sobre los marmóreos mosaicos del Alcázar.

Pero de esto á trasladar esos cantos y esos bailes á los salones de la aristocracia; de esto á elevar un *café flamenco* á la categoría de teatro; de esto á adoptar los trajes, las costumbres y el *argot* de la gente del bronce, en competencia con las modas, la urbanidad y el habla propias de las personas de buena educación, hay la misma distancia que de un torneo de la Edad Media á una corrida de toros de los tiempos presentes.

En el orden moral, como en el orden físico, el uso y el abuso son dos paralelas de imposible encuentro. El vino cuyo uso moderado repara las fuerzas de un enfermo, produce la embriaguez que es el más feo de todos los vicios y la más funesta de todas las enfermedades.

Enhorabuena, pues, nos plazcan las costumbres populares, pero mientras á costumbres de cierta parte del pueblo se reduzcan. Sacarlas de su escena natural equivale á vestir á una gitana de gran duquesa ó á un sietemesino de bravo de Venecia.

Colocad la deliciosa escena de nuestro cuadro debajo de los artesanos de un palacio, y tendremos un verdadero adefesio.

## LUNA DE MIEL, cuadro por Alberto Schroder

El asunto de este cuadro es un feliz argumento en acción contra la multitud de los pretendidos filósofos que esgrimen sus armas en detrimento del matrimonio. Oíd á esos *colegiales desengañados* ó á esos solterones por desengañar, á quienes todo se les va poniendo en ridículo la más trascendental y útil de las instituciones cristianas, y resultará que el mundo vendría á ser un paraíso anticipado sin la *odiosa cadena* que une indisolublemente el cuerpo y el alma de dos mortales.

¡Pobres gentes! Son incapaces de comprender las inefables delicias que entraña la fusión de dos pensamientos en un solo pensamiento de felicidad recíproca; son incapaces de gustar la satisfacción que resulta de labrar la dicha de la persona á nosotros unida con el más íntimo afecto; son incapaces de sentir la fruición inexplicable con que la fiel esposa y el fiel marido adivinan las inminentes delicias de la paternidad legítima.

Por supuesto que la *tuna de miel* no es miel ni es luna, sino acíbar y tinieblas, siempre que se trata de uno de esos matrimonios de conveniencia, por desgracia harto generalizados, en que se suman los capitales y no los afectos de los contrayentes. Pero esta unión reprobada no es ni puede ser la institución de Jesucristo, que elevó la dignidad de la mujer á la altura de la del marido, haciendo á entrambos copartícipes de un mismo hogar, sin tener en cuenta quién ha pagado el mobiliario, ni quién sufra el gasto de todos los días.

En nuestro grabado todo respira armonía y tranquilidad. La mujer emplea su talento en ser agradable á su marido; este concentra todo su sér en la contemplación de su esposa. El conjunto tiene los atractivos de un paraíso doméstico sin serpiente.

¿Se introducirá el reptil por alguna rendija? Hemos de creer que no. Aun á trueque de pasar por muy inocentes, lo cual nos importa poco teniendo la convicción de que estamos en lo cierto, somos de los que sostienen que el matrimonio es la fortaleza más inexpugnable en que la humanidad puede albergar su dicha.

## PLACERES DE ESTÍO, por F. Friedrichsen

Decididamente hace calor.

Cuando arde sobre nuestra cabeza el sol de julio, cuadros como este son una tentación, un verdadero suplicio de Tántalo.

Es como si á un gastrónomo hambriento le enseñaran por un ventanillo el *buffet* de un *restaurant* de primer orden.

Pedimos perdón á aquellos de nuestros lectores que están imposibilitados de aspirar las frescas brisas de los Pirineos ó de los Alpes, por escribirles esa especie de ¡trá-gala!

Y lo es, con efecto, la escena que reproducimos. Difícilmente se puede dar un cuadro más seductor, animado por personajes más simpáticos.

En el centro de un bosque exuberante, á la sombra de copudos árboles que luchan ventajosamente contra los rayos de un sol canicular, es de ver un apacible lago, invitando á zambullir el cuerpo en sus límpidas aguas.

Ni este lago es ninguno de los tan celebrados de Suiza, ni nuestras ondinas pertenecen á la clase de aquellas *dama-s* que durante el verano abandonan las aceras del *bou-levard* italiano por las playas de Trouville.

Nuestro lago es un lago casero. El placer que se dan esas jóvenes campesinas está al alcance de la mayoría de los mortales, sin necesidad de traspasar la frontera, ni hacer una *toilette* de baño tan esmerada y más comprometida que la de un baile.

Pero... ¡es tan agradable comer el *pan de la emigración* durante los meses de verano!...

Donde dice pan, léase bizcocho, ó salmon, ó capon del Mans trufado. Es cuestión de maravedises...

El placer, como la felicidad que es el estado normal del placer, se busca siempre mucho más lejos de lo que es costumbre se encuentre. Nuestras bañistas son unas sibiritas de la hidroterapia que no han dado un céntimo de beneficio á los accionistas de ferro-carril alguno.

Y sin embargo, han descubierto un baño natural, que en manos de un empresario francés ó suizo produciría la fortuna de una comarca.

Verdad es que, en tal caso, las hermanitas de nuestro cuadro se bañarían con ménos tranquilidad y algunas más precauciones. Tan simpáticas son, que merece la pena de respetar su honesto placer de estío.

Suplicamos á nuestros lectores que no traten de averiguar dónde se encuentra ese delicioso baño...

DOS FILÓSOFOS, cuadro por G. Sus

Este grabado es copia de un dibujo del pintor Gustavo Sús, cuya especialidad era el mundo alado y sobre todo el de las avejillas en su primer período de existencia. Los dos polluelos de dicho grabado acaban de salir del cascaron y apenas saben hacer uso de sus patitas. ¿Esperan, en su inmovilidad, ese impulso de la vida individual é independiente, que tal vez presientan ya, ó meditan, no bien salidos á luz, en el debatido problema de la prioridad cronológica del huevo ó la gallina? Lo ignoramos; lo cierto es que para su tierna edad parecen demasiado pensativos, y que no se adivinan así como se quiera los pensamientos de un pollo!

ENSAYO DE UN GLOBO DIRIGIBLE

Hace pocas semanas se ha ensayado en Berlín un nuevo aparato aerostático provisto de paletas helicoidales y un timon, movidos á brazo por el aeronauta inventor doctor Wölfert. Tres veces subió y maniobró, mas aunque pareció mantenerse á ratos estacionario, y hasta que se dirigía algun tanto contra el viento, al fin siguió siempre la corriente del aire indicada por un pequeño globo-correo despedido por el navegante aéreo. Si la fuerza de este último era insuficiente, ó si eran demasiado pequeñas las hélices, ó bien si todo el sistema resultó ineficaz, no se sabe todavía, hasta que el autor se explique; pero sea como quiera, no hay que desesperar de que la navegacion aérea tenga algun día solucion feliz; puesto que desde la última guerra franco-alemana, y desde la invencion de motores baratos movidos por gas ó por la electricidad, ha alcanzado este problema un impulso y una importancia que jamás ha tenido ántes.

SELVA VIRGEN, dibujo por F. Lindner

A pesar de lo poblada que está la Europa, y de las continuas talas de montes y bosques que tanto han cambiado las condiciones climatológicas de algunos países, todavía hay regiones, particularmente en Alemania, donde la inaplacable hacha del leñador ha respetado las primitivas selvas. Una de las existentes, frondosa, densa, en la cual la naturaleza ostenta su prodigiosa exuberancia, ha inspirado al notable paisajista Lindner el dibujo cuya reproducción publicamos, y por el cual puede formarse una idea de lo que sería la Tierra en las épocas primitivas en que el hombre aún no habia hecho desaparecer, obligado por sus crecientes necesidades, los innumerables vegetales que constituian una de sus mejores galas.

EL DUENDE ENAMORADO

Nos hallábamos en la villa de Arjona, en una casa vieja y desmantelada de nuestro amigo R.—Era una noche del mes de noviembre de 1873, fria y lluviosa, y estábamos junto al fuego sin saber en qué entretenernos. Zumbaba el viento, y nos mandaba por el cañon de la chimenea como un quejido lastimero.

—Estamos en el mes de las ánimas, dijo F. Alguna de ellas viene á pedirnos hospitalidad, y colándonosnos por el tejado nos cuenta alguna triste historia en lenguaje que no entendemos.

—Lo dices en broma, observó R, y sin embargo no sería del todo imposible que alguna alma, del cielo ó del

infierno, ó acaso del purgatorio, traída por el aire cuyo zumbido oímos, estuviera ahora en este escondrijo solicitando algo que para nosotros es misterio. No sabemos de qué facultades están dotadas en el otro mundo las almas de los justos y de los réprobos; hay quien supone, y pareceme que en esto nada hay que se oponga al dogma, que Dios permite á veces á las unas y á las otras visitar la tierra, vagar, digámoslo así, por los lugares que habitaron durante su existencia mortal, y aún mantener cierto comercio con los vivos....

—Explicáte, porque me parece que vas á desbarbar, interrumpí yo, sonriendo ante la seriedad que iba tomando el semblante de R.

—Pues prosigo, continuó él formalmente, mientras F y yo tomábamos en nuestras butacas una postura cómoda para escucharle, reservándonos el derecho de quedarnos dormidos cuando la exposicion de su doctrina empezase á cansarnos.—Iba diciendo, amigos míos, que el comercio de las almas de los difuntos con los vivos es cosa que ningun cristiano, medianamente instruido en los misterios de su fe, pone en duda. Respecto del trato que por nuestra desgracia podemos mantener con los réprobos, harto nos lo atestigua la Iglesia en el mero hecho de tener sus exorcistas. En cuanto á la comunicacion con los espíritus bienaventurados, claramente nos la revelan las vidas de muchos santos. Privilegio éste que Dios concede á algunos de sus siervos; perdicion aquél en que el mismo Dios precipita á muchos malvados, uno y otro comercio existen, y el que lo niegue, niega la historia y la experiencia cotidiana. Ahora, que las almas que en la otra vida se hallan purgando el reato de sus culpas despues de perdonadas en la tierra, obtengan también á veces el permiso de Dios para venir á nuestro mundo, no se demuestra tan claramente; pero presuncion es de no pocos hombres piadosos y doctos, conformes con la creencia general y vulgar, que á las ánimas del purgatorio otorga la clemencia divina en ciertas ocasiones licencia para venir á solicitar de los vivientes los sufragios que han menester para acabar de extinguir su pena y que se les abran las puertas del cielo.

—En lo que llevas dicho hasta ahora, podemos estar de acuerdo como buenos católicos; lo difícil será que nos pruebes que las ánimas, espíritus ó almas,—que todo es lo mismo,—ya del purgatorio, ya del infierno, vienen á nosotros, cuando Dios lo permite, gimiendo como el vapor que se escapa de la caldera, ó zumbando como el viento que penetra por las guardillas, ó bramando como el huracan, ó arrastrando cadenas, ó golpeando los techos y los tabiques; en suma, asustando á los vivos en la forma y manera que se supone lo hacen los duendes.

—El cuerpo material de que se informe el alma al aparecerse en la tierra, ora para castigo de los malos, ora para implorar sufragios de los buenos, será el que se quiera. Claro es que el miedo natural á los aparecidos desfigura y abulta la forma corpórea en que se nos presentan, ó la voz con que los oímos; pero que toman forma ó sonido, es indudable, porque como seres puramente espirituales no podrian comunicarse con nosotros. El vulgo cree en los duendes, y el no vulgo en los espíritus: lo mismo es lo uno que lo otro. La única diferencia está, á mi ver, en que los espíritus son evocados, y los duendes se nos cuelan espontáneamente como Pedro por su casa sin que nadie los llame. Pero unos y otros se nos manifiestan de una manera verdaderamente sensible, es decir, por medio de los sentidos, ya por el oído, ya por la vista. La famosa Pitonisa de Endor evocó ante Saul el ánima de Samuel, y éste se apareció á aquel rey como ominosa sombra. Las modernas pitonisas—verbigracia las hermanas Brown de los Estados Unidos—evocaban los espíritus de los difuntos haciéndoles manifestarse con golpes dados en las paredes y hablando con la misma voz que sus cuerpos tuvieron en vida. Nuestra Iglesia reprueba tales evocaciones y las tiene por arte diabólica. Si quereis leer lo que acerca de esto escribí no há muchos años en una de las más acreditadas revistas europeas,—en la *Civiltà Cattolica*,—un sabio teólogo, refiriendo una terrible sesion de *espiritismo* habida en casa de aquellas *mediums* ante un jóven francés instruido y piadoso, diputado por el celoso Obispo católico de Nueva York para que le enterase de lo que allí ocurría, os convenceriais de que no anda descaminada la divina maestra y directora de nuestras conciencias.

Mas no tratemos de ahondar en esto: dejemos que unos se rian del espiritismo y que otros lo proclamen como la teología del siglo XIX; siga cada cual su sentir, mientras sea sin merma de la santa fe cristiana; y para que no os fastidie por más tiempo esta materia, tratada macarrónicamente por los que no somos doctores, voy á leeros una curiosa historia que con ella se relaciona, y que por ser narracion verídica escrita del propio puño de mi buen padre, que Dios tenga en su gloria, conservo entre mis papeles. Ella nos hará pasar entretenidos el resto de la noche mientras el ánima en pena que gime en este ahumado escondrijo se entera también del suceso ocurrido....

—Por si le conviene ilustrarlo con notas, interrumpió F con risa burlona.

Llamó R á su criado: le pidió el habitual refresco: trájonos copas y una botella de manzanilla; y despues de brindar los tres en sufragio del alma enchufada en nuestra chimenea, tomó nuestro amigo un legajo que tenia guardado en un escritorio de nogal, vino con él majestuosamente á ocupar un velador en que ardía un quinqué de forma primitiva, desató los papeles, sacó de entre cincuenta ó ciento de varias formas y tintas, un cuaderno ama-

rillento cosido con seda encarnada, ya descolorida, y comenzó con grave entonacion su lectura, que decia así:

«Vivia en Arjona, donde poseo la misma casa en que ella murió, una señora jóven, hermosa y honesta, sin padre ni madre, y abundada en bienes de fortuna, la cual tenia un hermano, D. Alonso de Angulo, de perversa índole, que envidioso de que sus padres, siendo él el mayorazgo, la hubieran dejado por heredera de sus bienes libres mejorándola en tercio y quinto, juró para sí no dejarla casar y matarla ántes de que pensara ella en hacer testamento, para heredarla. Un jóven llamado D. Luis Contreras, que seguia la carrera de la Iglesia, alma cándida y afectuosa, acertó á verla en una romería: prendóse de ella, cambió de vocacion, dió de mano á sus estudios, y comenzó á galantearla rondándole la casa. No le correspondió doña Lucinda,—que tal era el nombre de la rica doncella,—pero más por curiosidad que por otra cosa, se asomó alguna vez al balcon cuando D. Luis paseaba su calle; y una hermosa noche de luna, sorprendida en aquella accion por su hermano, montó éste en cólera afectando celo por el decoro de su sangre y arremetió al amante con el acero desenvainado: el acometido sacó su espada para defenderse: riñeron, llevando el agresor á su contrario á buena distancia de la casa de la hermana, y con tan mala suerte para el amartelado doncel, que recibiendo una estocada, cayó en tierra, atravesado el corazon, sin proferir un ay. El matador le dejó tendido en el arroyo y escurrió el bulto. Como el lance habia pasado sin testigos, nadie pudo declarar acerca de él: doña Lucinda tuvo buen cuidado de callarlo; su hermano D. Alonso, al día siguiente, paseó la ciudad sin aparentar temor alguno y como muy ajeno á lo sucedido; el muerto fué enterrado; la justicia se cansó de practicar estériles averiguaciones, y la cosa quedó en tal estado.

»Pero el ánima de D. Luis se apareció á Lucinda en forma corpórea, obteniendo de Dios permiso para expiar sus pecados junto á la mujer que habia sido causa de su prematura muerte.—Al día siguiente de la catástrofe, al salir la luna, presentóse á ella en la sombra que proyectaban los arrayanes de su jardin, informando un cuerpo como densa neblina, con humanas facciones y proporciones. Lanzó un grito Lucinda, y llena de estupor retrocedió hácia el lado opuesto del jardin; pero medio aterrada y medio atraída por un irresistible iman, se detuvo en su carrera: llegóse á ella el aparecido, deslizándose por entre el ramaje suave y blandemente; al percibir la doncella el ambiente glacial que le envolvía, perdió el sentido y cayó en tierra; él la alzó en sus brazos, que la ceñían como si fueran de gasa ó pluma: depositóla tranquilamente en un banco de césped, y cuando volvió en sí, procuró tranquilizarla, descubriéndole quién era y el misterio de su aparicion, y cómo se hallaba en el purgatorio. Dijole mil ternezas, la reveló su estado en la otra vida, y que al conseguir de Dios licencia para purgar la pena de sus culpas en el lugar mismo que él habia elegido en el mundo para llegar á la suprema dicha del amor terreno, viéndose ya para siempre privado de lograrla, habia juntamente alcanzado el ser amparo y defensa de la que tanto habia amado. Prometióla que nunca la tocaría, como no fuese para salvarla de algun peligro, y le anunció que á todas horas se hallaría á su lado para frustrar las asechanzas que un hombre malvado,—no le dijo quién,—tramaria contra su vida, aunque ella no le viese sino muy pocas veces mientras no se le aficionase y se acostumbrase á su trato.

»Lo que pasó por Lucinda no se explica humanamente. Ella, indiferente para D. Luis cuando tenia vida y forma física, le empezó á cobrar cariño viéndole en ánima y con aquel mero simulacro de cuerpo tangible. ¡Rarezas de las mujeres! Entregóse por fin llena de pasion al trato de aquel sér fantástico: todas las noches bajaba al jardin para recrearse con él en dulces coloquios, y casi sospecho que le pesó más de una vez, cuando estaba embebecida oyendo sus amores, no hallarse en algun peligro para que el duende la tomara en sus brazos. Con frecuencia ya, durante el día, se le presentaba en los corredores, en las piezas deshabitadas, en los desvanes y en las mesetas de las escaleras, pues como aquella casa era muy grande, sobraban en ella parajes solitarios, ocultos á la escudriñadora curiosidad de los sirvientes.

»Llegó la Semana Santa y el cumplimiento de Iglesia, y doña Lucinda concibió escrúpulos de aquel comercio secreto, que, aunque casto é inocente, le parecia un tanto preternatural y ajeno de la vida cristiana de una huérfana bien nacida. Descubrió el caso á su confesor, y éste le prohibió severamente continuar en aquel trato peligroso para su alma. ¡Pero tenia su duende tanto atractivo! ¡la decia cosas tan halagüeñas!... Para cautivarla más, siempre sus discursos iban sazonados de santas aspiraciones al bien supremo é infinito, siempre al hablarla de su amor la arrebatava con elocuentes velos de mística embelesadora á la contemplacion de las inefables dulzuras que Dios otorga á sus elegidos en el paraíso. Los cuadros que ante ella ponía del esplendor, majestad y belleza de los tipos celestiales, de Dios Padre, de Jesucristo, de la Virgen y de los coros de los ángeles y arcángeles, producian en ella un arrobamiento dichoso, durante el cual, mezclando afectos santos con materiales instintos, se contemplaba sublimada hasta el trono del Eterno en los amantes brazos de su querido espíritu, que la circundaba toda de perfumada neblina, como á la doncella griega de la fábula la nube del dios trasformado á quien acogia en su blando regazo. Estos goces, entre místicos y profanos, como originados del trato con un espíritu manchado de terrena escoria no aún perdida en el crisol del



LUNA DE MIEL, cuadro por Alberto Schroder





SELVA VIRGEN, DIBUJO POR F. LINDNER





X. A. V. R. BREND'AMOUR

PLACERES DE ESTIO, cuadro por F. Friedrichsen

purgatorio, la encadenaron de tal suerte, que dejó transcurrir años enteros sin volver á tomar consejo de su confesor: porque cada vez que, reconviniéndose á sí misma de su torpe debilidad, se proponía seguir las juiciosas amonestaciones de aquel y romper todo vínculo con el amado duende, éste, que no se separaba de ella un punto y leía en su semblante sus propósitos, daba tales suspiros, la dirigía tan sentidas y seductoras quejas, la asediaba tan dulcemente, que por fin la hacia desistir.

»Entre tanto, D. Alonso de Angulo, firmemente resuelto á poner por obra su designio fratricida, se habia presentado repetidas veces en la puerta de la vivienda de su hermana para consumarlo; pero siempre habia tenido que retroceder ante el alboroto que al aproximarse él movia el duende en la casa, sólo comparable con el ruido que hubieran podido hacer cien hombres de armas introducidos en ella.

»Ocurrió en esto que un famoso padre dominico, á quien apellidaban segundo apóstol de Andalucía, comparándole con el venerable maestro Juan de Avila por el extraordinario fruto que recogía en sus predicaciones, bajó á la provincia de Jaen á celebrar unas misiones, y en una de sus santas correrías llegó á la villa de Arjona. La fama de sus virtudes y de su maravillosa elocuencia llevó á oírle toda la gente granada de la poblacion, y á Lucinda con ella, que se presentó en la iglesia acompañada de su dueña; y tal efecto produjo su inspirada palabra en el corazón de la noble doncella, que iluminada y convertida repentinamente, se determinó á no volver á su casa sino para mudar en seguida de vida y de vivienda y olvidar del todo el dulce engaño en que habia estado malamente entretenida.

»¡Feliz y desdichada á un mismo tiempo!—Al dar las órdenes de abandonar aquella casa, le dirigió el duende palabras de amorosa pesadumbre, y reconvenciones capaces de quebrantar la más dura peña. Con voz entrecortada por amargos sollozos y suspiros, la rogó por todos los santos del cielo que no abandonase su antigua morada, porque si lo hacia, la iba á suceder un gran trabajo. Ella le desoyó con heroica fortaleza de ánimo: ejecutó su propósito; y no bien puso el pié en su nueva casa, el desatentado hermano, que no encontró en su umbral el tropiezo insuperable que en la antigua le habia detenido, espiando la oportunidad, penetró una noche en el aposento de Lucinda, descolgándose por una chimenea, en ocasion de hallarse enteramente sola; la dió de puñaladas, y evadiéndose por donde habia entrado, la dejó bañada en su sangre en medio de la estancia, sin que quedase allí huella de su persona.—El poder del duende no alcanzaba á defenderla fuera de su antigua morada.

»Cuando se divulgó por la villa el asesinato, D. Alonso hizo grandes demostraciones de tristeza; requirió á la justicia para que averiguase con todo empeño y celeridad quién habia sido el matador de su hermana, y ofreció recompensar con grandes sumas al que lo descubriese. Hicieronse toda clase de diligencias, no se pudo dar con la pista del malhechor, disimulando Dios por entónces el abominable crimen, y reservándose el castigo para fulminarlo en su día.

»Sucedia esto allá por los años 1702, cuando la majestad del rey D. Felipe V recuperaba los estados de Nápoles y del Milanésado con el esfuerzo de su brazo. D. Alonso de Angulo, heredado en los cuantiosos bienes de su infeliz hermana, fastidiado de la vida ociosa de su pueblo, se alistó para servir á su rey en la guerra de Italia, manteniendo á sus expensas una compañía de caballos; y ántes de partir, en la prevision de cualquier caso adverso de la instable fortuna, quiso otorgar testamento, y lo hizo en favor de un compañero de armas á quien debia la más desinteresada y leal amistad, y los más sanos consejos en su turbulenta vida. Este compañero suyo, llamado D. Diego de Zárate, era tío de mi abuelo. D. Alonso murió desastrosamente á orillas del Pó, en el campo que lleva el nombre de *la victoria*, arrastrado por su caballo y despedazado por él en su furiosa carrera por entre las piedras y matorrales: su amigo D. Diego, llamado á recoger su herencia, volvió á Andalucía y murió santamente retirándose en sus postreros años á considerar los desengaños del mundo y hacer vida de ermitaño penitente en la sierra de Córdoba. Dejó todos sus bienes á los hospitales, y á mi abuelo unos olivares en Arjonilla y Montoro, y en Arjona esta casa que yo habito...»

—Es decir, añadió R dejando el papel sobre el velador, esta casa donde ahora nos encontramos. Esta fué la vivienda última de la desgraciada Lucinda.

—¡Calla! interrumpió F, ¿con que aquí fué donde ella murió asesinada?

—Y en esta propia estancia, respondió R muy tranquilo. Inquieto F, dejó la butaca y se acercó á la ventana: el cielo se habia despejado y derramaba la luna una hermosa claridad: habia cesado el aire, la noche estaba serena, aunque fria: no se movia una rama.

—¿Cómo es, preguntó un poco alarmado, que estando ya la noche tan en calma, en esta maldita chimenea continúa soplando tan fuerte el viento, y mandándonos estos lúgubres gemidos?

—Vosotros que os reis de los duendes y de las ánimas aparecidas, me lo direis, respondió con sorna R.

Volvió éste á tomar el papel, iba á proseguir su lectura, pero bajó de repente de la chimenea una violenta ráfaga, acompañada de un lamento prolongado y desgarrador; volcóse la lámpara, quedó la pieza á oscuras, y á impulso de un viento glacial, vertiginoso como tromba y ronco como el huracán, dimos los tres en tierra, medio perdido el sentido por el golpe y el estupor.

Por aquella misma chimenea habia bajado el fratricida á asesinar á la malhadada Lucinda hacia ciento setenta años.—Las ánimas de los réprobos pueden tambien tener su infierno en los lugares donde cometieron en vida sus horrendos pecados.

PEDRO DE MADRAZO

## EL ENANO DE LA PRINCESA HILDA

*Leyenda oriental*

### I

Poco ántes de que los ingleses hubieran puesto su planta invasora en la India Oriental, la Rhajah soberana de Mhosum fué desposeída de sus Estados por un hermano de su difunto marido el Rhajah. En casi todo el inmenso continente indico, las antiguas leyes, á falta de varon, admiten la sucesion femenina en el poder supremo; pero allí como en todas partes, impera el derecho de la fuerza y por tanto la Rhajah Bhadoora destronada, tuvo que refugiarse en el territorio del Rey de Benares, el cual puso á su disposicion un palacio situado en la orilla del rio Meiran.

En esta campestre morada vivia la infortunada viuda en compañía de su única hija, niña de trece años de edad, y de algunos pocos y fieles servidores que la habian seguido al destierro. Bhadoora, en su fuga, consiguió salvar sus magníficos brinquíños y joyeles de pedrería, y algunos poteros y pastores leales, atravesaron la frontera, trayéndose parte del ganado caballar y lanar perteneciente á su señora. Con estos restos de su fortuna, vivia, pues, la desolada princesa, pensando con inquietud en el porvenir de su hija, en sus perdidos dominios, y en los progresos que en su conquista hacian las armas extranjeras que ya se habian apoderado de una gran extension de litoral y de poblaciones importantes, tales como Surate y Calcuta.

Decíase que la Rhajah Bhadoora era dada al estudio de las ciencias sobrenaturales y veíasele con frecuencia mirar al cielo, contemplar las estrellas y trazar rombos y figuras en un fino pergamino de Muntazamul. Quizá distraía así la honda melancolía que la devoraba y que haciale declinar rápidamente hácia el sepulcro.

Hilda, la hija de la Rhajah, era una niña encantadora; sus ojos parecian dos diamantes negros, su tez tenia el color mate de la rosa pajiza y nada habia comparable á la esbeltez de sus formas y á la gracia de su ademán. Llevaba grabada en cada uno de sus desnudos brazos, una hoja de serbal bravío, signo de su raza soberana, y en verdad que le justificaba, pues no podia hallarse niña más impetuosa ni más diestra en los ejercicios, casi varoniles, que constituian la educacion de las hembras de alta jerarquía, en el continente oriental. Hilda montaba á caballo como una amazona, soltaba un halcon como el más hábil cetrero, y lanzaba la flecha ó el dardo con una seguridad prodigiosa; porque aunque las armas de fuego eran ya conocidas en la India, estaban poco en uso, por causa de la repulsion hácia los inventos extranjeros.

La princesita tenia un carácter alegre y expansivo y gran necesidad de espacio y de movimiento. Gustábala vagar por el campo, internarse en las selvas ó bien nadar durante mucho tiempo en las límpidas aguas del Meiran.

En una de sus excursiones campestres vió á lo léjos una cabalgata que se aproximaba y se ocultó tras de un cañaveral, para verla pasar.

Era un lucido tropel de jinetes, de elefantes y de camellos africanos. Delante de todos cabalgaba un jóven de maravillosa gentileza; su rostro era hermoso y altivo, su amarilla túnica de Cachemira apenas ocultaba la varonil belleza de sus formas, y oprimía con sus nerviosas piernas los finos ijares de una yegua javanesa en cuyo azul paramento campeaban los dos lúpulos entrelazados que constituyen la divisa de la raza real de Benares.

A ella pertenecía el gallardo mancebo; era hijo y heredero del Rey; el príncipe Fel-Dor, que venia de cobrar los tributos á los ribereños del Meiran.

### II

A poco tiempo despues del día en que vió pasar la cabalgata, Hilda varió algun tanto de carácter y su madre la sorprendia algunas veces en actitud meditabunda. Los servidores del palacio achacaban este cambio al mismo sentimiento que á ellos les preocupaba, viendo á su señora envejecer rápidamente y hallarse cada vez más débil y abatida. Parecía evidente que la Rhajah hacia esfuerzos heroicos para sobreponerse á su melancolía, pero esta era más poderosa, y la vencía. La pobre madre y soberana destronada; por medio de un poderoso

esfuerzo de voluntad, consiguió vivir algo más de tres años, ó mejor dicho agonizar; porque en los últimos meses su existencia fué una especie de atonía en la que aquella organizacion quebrantada sólo conservaba las facultades intelectuales.

Hilda, comprendiendo que pronto iba á perderla, apenas se separaba de su madre y casi habia renunciado á sus habituales ejercicios y excursiones.

Por fin llegó el trance previsto. La Rhajah murió á la puerta de su palacio, sentada sobre un escabel de bambú, mirando hácia la parte de Occidente en donde estaban sus perdidos Estados, estrechando con una mano la de su hija y teniendo en la otra un rollo de pergamino.

Sus últimas palabras, pronunciadas con una voz que parecia el eco de la eternidad, fueron estas:

«Hija mia: ahí tienes estos dos pergaminos, pero no leas más que el que está abierto; en ellos te lego mi alma, mi voluntad y mi esperanza de tu porvenir.»

Y Bhadoora exhaló el último suspiro.

Renunciamos á expresar el dolor de la jóven y huérfana princesa; el pintor tiene el colorido, el escultor la actitud, el músico la melodía que puede transformar en lamento; pero la pluma se siente impotente en la anunciacion de los grandes infortunios.

Uno de los pergaminos estaba, como ya sabemos, abierto, el otro cerrado y sellado con el sello real de la Rhajah.

El primero estaba escrito y decia así:

«Hija de mi alma, pedazo de mis entrañas, fruto de un amor el más grande y más desgraciado, perfume viviente que apenas me ha sido dado aspirar en la vida; ya no me verás nunca, pero yo sí. Yo poseo el secreto de la muerte; la parte material y visible se transforma; pero el espíritu que vivió en nosotros es eterno e inextinguible como las siete lámparas que arden ante el ara de la diosa Dheera. Yo seguiré tus pasos en la tierra, mirándote como esos astros que miran al mortal, aunque se ocultan de él en las inmensidades del cielo. Te conozco, como que te he transmitido mi sangre; nunca la bajeza ni el vicio pueden llegar hasta tí, siempre serás pura como las aguas del Rio Sagrado; pero además yo quiero que seas feliz.

»Con este objeto sólo te encargo dos cosas y te impongo dos mandatos: hélos aquí:

»En primer lugar nunca, en ningún trance de la vida te separarás de Oronti, porque Oronti es la mitad de tu sér y á él están unidos para siempre tus futuros destinos. Para colmar estos, es necesario que conserves en lugar seguro ese pergamino, que no debes abrir ni leer hasta que llegue el primer día del siglo venidero y con él el primer día de la luna de las flores. Entónces, á la hora sexta de la tarde, tú, sentada en la *pedra sagrada* de la orilla del Meiran y Oronti junto á tí, sobre la arena, romperás ese sello y oírás la voz de la eternidad.

»Hija mia: velo por tí. Si el alma de las madres se extinguiere, no existiría la maternidad.

»Bhadoora. Rhajah de Mhosum.»

Hilda leyó este escrito y cumplió estrictamente los mandatos de su madre... pero ya es tiempo de que sepamos quién era Oronti, *mitad del sér* de la princesa.

### III

Ocho meses ántes de morir, aunque ya se sentia muy débil, Bhadoora hizo un extraño viaje hácia la parte del Himalaya. Por los pocos servidores que la acompañaron se supo que habia visitado al sabio bonzo Clan-durs que habitaba una gruta de la colosal eminencia; pero sólo la Rhajah penetró en ella permaneciendo allí dos días con sus noches. Cuando volvió á su palacio en donde habia quedado Hilda, dijo á esta entregándola un objeto:

«Toma, ahí tienes tu compañero por toda la vida.»

Aquel objeto, y le hemos dado este nombre á falta de otro mejor apropiado, era Oronti, el sér más maravilloso que ha existido en la India, el país de los prodigios. Oronti tenia la vida, la figura y los sentidos humanos, pero no nos atrevemos á asegurar que pertenecía á la humanidad; porque humanidad quiere decir carne y huesos y Oronti carecía de la una y de los otros. Su epidermis estaba formada de una especie de talco sonrosado, dúctil, en el que se sentia el calor de la vida; una abundosa cabellera de color oscuro coronaba su frente, cayendo por ambos lados de la cabeza, sus facciones eran de una belleza inaudita y estaban dotadas de movilidad y expresion, y únicamente sus ojos, sin niñas, demasiado grandes en relacion á su cuerpo, hallábanse siempre fijos, sin reflejar nunca los deseos ó las sensaciones; aquellos ojos que tenian el color el brillo, y la dureza del diamante deslumbraban, mas parecian muertos.

Oronti era enano y pigmeo, porque, ¡cosa incomprendible! su estatura agrandaba ó disminuía á su

voluntad; pero no traspasando jamás la medida de un metro escaso, ni reduciéndose á menos de una pulgada; solamente su cabeza conservaba siempre las mismas dimensiones. Esta extraña figura estaba dotada de una agilidad portentosa y daba tales saltos que parecía tener alas invisibles. Su cuerpo despedía una fragancia en la que se mezclaba el punzante olor de la canela y el suave aroma del tamarindo.

Pero el principal encanto de Oronti consistía en su voz y en su palabra. Con aquella *voz de plata*, como dice Balzac de un timbre débil pero claro y armonioso, aquel extraño sér entonaba canciones en las que la melopea se unía á la palabra y los más ingeniosos relatos se destacaban de entre un torrente de trinos y de gorjeos.

Oronti era un ruiseñor que hablaba.

¡Y qué cosas decía tan tiernas y embelesadoras! ¡De qué modo tan inaudito explicaba los arcanos de la naturaleza! Según él el aire tiene á su servicio genicillos invisibles, encargado cada uno de ellos de una misión especial. Uno toma el pólen de la palmera macho y le lleva á largas distancias para fecundar á la palma hembra; otro, buzo de los mares y de los rios, desprende de los bajos, partículas de algas y lamas, los saca á la superficie de las aguas para que la acción del sol los transforme en perlas y corales; ó bien en las corrientes dulces corta el tallo de la valisneria del fondo, para que suba á unirse amorosamente á la valisneria que flota en las linfas exteriores. Los genios gnomos salen del corazón de las piedras calcáreas, y exponiendo pedazos de ellas á la elaboración del astro del día, vuelven á encerrarlos convertidos en diamantes. Oronti pretendía conocer y explicar los diferentes gritos de los animales y especialmente el de los pájaros. Disfrutaba de extraños privilegios; cuando se arrojaba á la corriente del Meiran, los peces en vez de huir nadaban á su lado; cuando por medio de uno de sus prodigiosos saltos caía de improviso en la copa de un árbol, las aves no se espantaban, continuando meciéndose en los ramos ó arrullándose en los nidos; bien es verdad que á ningún animal hacia daño. Sólo tenía un enemigo: el haje, esa terrible sierpe cilla de la India, cuyo veneno es mucho más activo que el del ácido prúsico. El ágil enano buscaba y perseguía á los hajes, cogíalos con sus deditos y con singular destreza les quebrantaba la columna vertebral.

Oronti se alimentaba principalmente con la destilación gomosa de la ceiba indiana, y parecía no tener necesidad de aire respirable; pues reducido á su más mínimo volúmen, acompañaba siempre en sus excursiones á la princesa, metido largos ratos en los bolsillos interiores de la túnica ó del vernuz de esta; pero cuando Hilda fatigada, sentábase á descansar y á veces se dormía en la ribera del río ó bajo los verdes palios de una umbria, el enano vigilaba en torno de ella. En una ocasión la audaz cazadora se internó en la comarca del Asga, en donde abundan las fieras, y rendida de calor y de cansancio, durmióse profundamente.

Oronti jugueteaba á su lado. De repente oyó ruido, se adelantó hácia donde se producía, y vió venir un tigre rastreando entre los marjales. El enano retrocedió y sacó de la vaina un puñalito que la princesa llevaba pendiente de la cintura y salió al encuentro del enemigo. La fiera viendo aquella figurilla que se movía, detúvose asombrada, y en el momento en que se encogía para lanzarse, Oronti saltó rápidamente sobre su lomo, y haciéndola una incisión en la parte izquierda del cuello, la dejó muerta instantáneamente.

Hilda estaba embelesada con todas estas maravillosas cualidades de su querido enano; holgaba, pues, el mandato de la Rhajah Bhadoora; aquella no se hubiera separado de él por nada en el mundo.

¿Qué niña poseyó nunca juguete más lindo, qué princesa tuvo jamás un enano tan gracioso y tan inteligente, como la princesa Hilda de Mhosum?

#### IV

Quince días después de la muerte de su madre, Hilda recibió un mensaje del príncipe Fel-Dor, en que la decía que tanto su glorioso padre el Rey de Benares, como él mismo, deploraban la inmensa desgracia que pesaba sobre ella; ofreciéndola hospitalidad en la *Ciudad Régia*, en donde su orfandad sería menos desolada y se hallaría al abrigo de los *Estranguladores*. Constituían estos una secta misteriosa y terrible, que impulsada por el fanatismo religioso, sacrificaba en aras de no se sabe qué feroz divinidad, á cuantas víctimas caían en sus manos. Desde hacia poco tiempo, en todas partes se encontraban cadáveres estrangulados, y más de una morada campestre había sido asaltada y destruida.

(Continuará.)

F. MORENO GODINO

#### DIVISIONES DEL DIA

Hay un modo de enseñar (que es el trascendentalmente científico) en el cual el Maestro se dirige sólo á la inteligencia. Hay otro modo de enseñar (que es nocional solamente) en que el Maestro no aspira más que á impresionar la imaginación. El uno es á la vez cualitativo y cuantitativo. El otro cualitativo únicamente. El primero presenta todos los casos dentro de su ley. El segundo exhibe sólo algunos ejemplos de fácil percepción intuitiva, y deja vislumbrar que todos los demás casos oscuros son de la misma clase que los fácilmente perceptibles. Toda enseñanza debe, pues, empezar por este segundo método; porque así todos tendrán nociones; y las nociones se convertirán más fácilmente, profundizando el estudio, en conocimientos enteramente científicos.

No hay nadie que, cerrando los ojos, no vea en su imaginación un triángulo regular y un cuadrado. El pentágono, ó polígono de cinco lados, no se ve ya sino por los que tienen alguna educación geométrica: el exágono vuelve á verse imaginativamente por todo el mundo, con tal de que previamente se sepa qué es un polígono regular terminado por seis rectas. El heptágono no se ve ya bien imaginativamente ni aun por los geómetras; vuelve á verse el octógono; y nadie percibe ya el eneágono, ni el polígono regular de trece lados, ni el de 15 ni el de 31 ni el de un millar ó de muchos millares; y, sin embargo de ser absolutamente invisibles para la imaginación los polígonos regulares de muchos lados, para la inteligencia es tan conspicua la idea de superficie cerrada por tres, como por cuatro, como por cientos ó por miles ó por millones de rectas.

Hoy que, merced á la iniciativa del Congreso de los Estados Unidos de la América del Norte, excita tanto interés el importante problema de la cuenta de EL TIEMPO COSMOPOLITA, se oye preguntar á muchas personas de posición, y aun de carrera, sobre las bases del nuevo cómputo internacional; pero muy pronto se echa de ver que las dudas proceden, no sólo de deficiencia respecto del concepto científico de la palabra DIA, sino también, y esto es lo más lamentable, de carencia absoluta de conocimientos respecto de su noción imaginativa.

Todo el mundo sabe hoy que la tierra tiene un movimiento de rotación y otro de translación alrededor del Sol. (Además nuestro globo posee otros movimientos; pero de ellos puede hacerse caso omiso cuando sólo se trate en general de las divisiones del día.)

Sábase también que los pueblos civilizados cuentan actualmente tres clases de día: el día sidéreo, ó de las estrellas; el día natural del sol; y un día solar medio ó ficticio.

Pero pocos se dan cuenta de lo que son estos días diferentes; y, sin embargo, es muy fácil imaginarlos POR ANALOGÍA de movimientos.

En efecto; colóquese en el centro de una habitación una mesa y en ella una luz, y supóngase que esta luz representa al Sol. Imagínese luego que una veleta distante (ó cualquier otro objeto lejano, y visible desde la habitación á través de su ventana) representa á un lucero cualquiera de los que pueblan el espacio. Con esto ya tenemos simbolizados al Sol y á una estrella, y sólo nos falta simbolizar también al globo en que habitamos. Fácil también. Póngase á dar vueltas alrededor de la mesa una persona, girando al propio tiempo sobre sí misma, como si estuviese walsando; y considérese esta persona como representante de la Tierra. Cuando esté de cara á la luz, ó sea al simbolizado Sol, será de día; cuando esté de espaldas á él, será de noche: cuando (girando siempre sobre sus pies) haya dado una vuelta alrededor de la mesa, habrá transcurrido un año (siempre en estas hipótesis representativas) y, generalizando estas simbolizaciones adecuadamente, ya podremos, por analogía, entender la diferencia que va de los días sidéreos á los días solares.

Colóquese, pues, la persona en la prolongación de la línea que une al Sol con la estrella, ó sea de cara á la luz y á la veleta, lo que significa que para el observador son las doce del día solar. Empiece entonces su doble movimiento: de translación alrededor de la mesa, y de giro como de wals alrededor de sí propio; y cuando (trasladándose siempre) haya verificado una rotación completa sobre sus pies, se hallará otra vez de cara enteramente á la veleta, pero no á la luz; pues, para ponerse del todo frente á la luz, tendrá que girar todavía un poco más. Es decir, que el día de la estrella se ha verificado antes que el día del Sol; ó lo que es lo mismo, que el día sidéreo es más corto que el solar. Y esto se le hará más y más evidente á la persona en cuestión, mientras más y más adelante en su translación alrededor de la mesa, girando siempre sobre sus pies, como si walsara: porque siempre en sus rotaciones se hallará de cara á la veleta antes que de cara á la luz; y tanto lo notará cuando haya dado media vuelta alrededor de la mesa, esto es, cuando haya llegado á interponerse entre la veleta y la luz (ó sea entre la estrella y el Sol) que, entonces se hallará de cara á la estrella y de espaldas al Sol; es decir, que entonces serán para él las doce de la noche del día solar y el principio del día sidéreo; y, á fin de que suenen para él las doce del día solar, ó sea para ponerse de cara á la luz, tendrá que hacer medio giro completo sobre sus pies, volviendo, por consiguiente, sus espaldas á la estrella.

Hé aquí ya lo suficiente para comprender POR ANALOGÍA que el año sidéreo tiene un día más que el año solar.

Si fuera un círculo el camino recorrido en un año por la Tierra alrededor del Sol; es decir, si siempre distara igualmente nuestro globo del gran astro central, no habría irregularidades en la marcha de los días; pero la órbita terrestre no es circular, sino elíptica; y por esto parece que el Sol durante el año camina con suma irregularidad. Contribuye también á esta irregularidad el hecho de girar la Tierra sobre sí misma alrededor de una línea inclinada respecto del plano de su órbita; (inclinación de que principalmente depende la diferencia de las estaciones. Pero esto no es necesario para la inteligencia de lo que hay que decir respecto de las diferentes clases de días.)

Llámanse, pues, día sidéreo el intervalo entre dos tránsitos inmediatamente sucesivos de la misma estrella fija por un meridiano cualquiera: espacio de tiempo que tiene de notable el que señala el TIEMPO ABSOLUTO de la rotación de nuestro globo.

El día solar natural es el espacio de tiempo que media entre dos tránsitos sucesivos del Sol por un mismo meridiano. Pero este espacio de tiempo no es de la misma duración en todas las épocas del año, por la razón antes indicada de la irregularidad aparente del movimiento solar (que en realidad lo es del de la Tierra).

Este día natural del Sol es en una estación 14 minutos y 32 segundos más corto de lo que debiera ser si el movimiento del Sol fuera uniforme; y en otra estación 16 minutos y 17 segundos más largo; por lo cual la máxima diferencia anual asciende nada menos que á 30 minutos y 45 segundos.

Ha sido, por lo tanto, convenientísimo inventar un día artificial, de duración uniforme en todas las épocas del año; y este es el día solar medio ó civil, que aspiran á señalar los relojes ordinarios (los cuales, naturalmente, difieren mucho, por su marcha regular, de la muy irregular de los relojes de Sol).

El día solar medio es, pues, el día de un Sol ficticio que caminara uniformemente alrededor del ecuador terrestre en el mismo tiempo que invierte el Sol verdadero en volver de un equinoccio á otro; ó sea en el espacio de un año.

Y, hechos los cálculos correspondientes, resulta que el día sidéreo dura sólo 23 horas, 56 minutos y 4,09 segundos de un día solar medio; y que este, por tanto, es mayor que el día sidéreo casi 4 minutos: (3<sup>m</sup> 55,9094.)

Como se sabe, el día civil (que es el día solar medio) en España, en Inglaterra, en Francia, en América... empieza á media noche, cuando el Sol está en nuestro anti-meridiano. Pero ese mismo día en los observatorios astronómicos empieza siempre á las 12 del día civil. Las horas del día civil se cuentan desde la 1 hasta las 12, dos veces cada 24 horas; pero las del día astronómico se computan desde la 1 hasta las 24 consecutivamente; por manera que, sólo desde medio día hasta media noche coinciden las horas astronómicas con las civiles. Así las 11 del día civil 1.º de enero de 1883 eran las 23 del día astronómico 31 de diciembre de 1882.

Los italianos, los bohemios y los polacos también dividen el día en 24 secciones, desde la una hasta las 24.

No hay sistema ninguno que haya variado tanto en las naciones antiguas y modernas como el del inicio y el de las divisiones del día. El hombre ha tomado unas veces como inicio del día la salida del Sol; otras la puesta; ó bien el medio día; ó la media noche; ó el crepúsculo, ó una hora antes de media noche... y ha dividido la duración de una rotación terrestre en 2, en 12, en 24, en 144 partes desiguales; ó bien en 2, 4, 6, 8, 12, 24, 48, 60, 96 y 100 partes iguales; sin contar por supuesto las subdivisiones de estas partes en otras mínimas; ó sea en minutos; ó sus análogas iguales ó desiguales; y hé aquí porqué es la cronometría una ciencia de grandísima dificultad y que supone erudición vastísima; y el porqué es tan difícil señalar exactamente la fecha de un suceso antiguo importante, especialmente los astronómicos; como, por ejemplo, los interesantísimos eclipses observados en Babilonia.

EN GENERAL, los antiguos babilonios, persas, sirios, griegos, empezaban á contar el día con la salida del Sol. Los indios, los atenienses y los galos empezaban también así su día civil; pero su día sagrado comenzaba al ponerse el Sol. Hoy cuentan igualmente los japoneses desde la salida del gran astro. Los árabes antiguos, y los modernos, han empezado siempre desde medio día; como nuestros astrónomos actualmente. Los marinos, desde esa hora también principian á contar sus guardias. Los judíos, los turcos y algunos pueblos austriacos é italianos desde la puesta del Sol. Los mahometanos no árabes, de un crepúsculo á otro. Los egipcios empezaban su noche 6 horas antes de nuestra media noche y su día 6 horas antes de nuestro medio día. También, como nosotros, comenzaban su día á la media noche. Esto hacían también los astrónomos del Catay y de las Indias orientales. Los chinos dan principio á su día, cuando según nuestro cómputo son las 11 de la noche.

Pues si tanta variedad hay respecto del inicio de una rotación diurna de la tierra, mucho mayor es la multiplicidad de las divisiones de ese propio espacio de tiempo.

Al principio sólo se conocieron en el Occidente las vagas y variables distribuciones del día en amanecer, mañana, tarde, anochecer y noche. Luego se fraccionó solamente el espacio de la duración de luz solar: mucho después el de la duración de la noche. Los pueblos babilonios, persas, sirios, griegos, y otros, sólo conocían divisiones para la madrugada, mañana, medio día, tarde y prima noche. Los indios efectuaban 4 divisiones: tarde,

mañana, medio día y noche, siendo las dos primeras mayores que las dos últimas. En Roma, durante mucho tiempo, sólo se anunciaba, á toque de trompeta, el paso del Sol por el meridiano. Pero, no bien se introdujo en Roma el primer reloj de Sol (293 antes de J. C.) aparato conocido hacia ya mucho tiempo de egipcios, indios, caldeos, babilonios y persas, se dividió el tiempo de luz solar en un número constante de horas, siempre en 12; de donde resultó que, el día mayor del año, tenía cada hora 75 de nuestros minutos; y solo 45 el más corto, siendo sus horas únicamente dos veces al año (en los equinoccios) iguales á las nuestras. Lo mismo hacían los griegos. Este sistema de divisiones desiguales del día rige aún en el Japon, donde se divide el tiempo de luz solar en 4 partes: una, desde la salida del Sol hasta medio día; otra hasta la puesta; otra hasta media noche, y otra hasta el orto. Cada una de estas cuatro porciones desiguales se subdivide luego en

otras 3; de modo que los japoneses distribuyen el día en 12 partes principales; las que, sólo en los equinoccios, son iguales á dos horas de las nuestras. Cada subdivision de estas se reparte además en otros 12 intervalos, de modo que el día japonés se parcela en 144 espacios de tiempo siempre desiguales, excepto en dos solos días cada año.

Los chinos dividen civilmente el día en 12 partes, equivalentes á dos de nuestras horas; y cada parte en 8, equivalentes á nuestros cuartos de hora: su día civil, pues, consta de 96 intervalos iguales; pero su día astronómico se distribuye en 10,000 minutos iguales, por períodos de á 100.



DOS FILÓSOFOS cuadro por G. Sus

Los malabares dividen el día en 6 partes, cada una subdivisible luego en 60. Los antiguos tártaros, indios y persas partieron el día en 8 porciones, de otras 60 cada una. Los astrónomos caldeos en 60, correspondientes á 12 espacios, como los de los chinos. En Egipto, hace más de 3000 años, se seccionaba por mitad el tiempo de la rotación terrestre, y luego se subdividía cada mitad en 12 horas. Y, como muchos egipcios empezaban su día á media noche, resulta que nuestra cuenta usual del tiempo es la egipcia de hace por lo menos 30 siglos.

Hoy los marinos dividen las 24 horas del día solar medio en 6 partes iguales que llaman guardias: de 12 á

4 de la tarde 1.ª guardia; 2.ª, de las 4 á las 8 de la noche (esta se subdivide en dos espacios iguales, á fin de que no haga siempre la misma guardia de media noche la misma mitad de la tripulación): guardia de prima, desde las 8 á las doce de la noche: guardia de media, de las 12 á las 4 de la madrugada: guardia de alba, de las 4 á las 8 de la mañana; y guardia de la mañana, de las 8 á medio día.

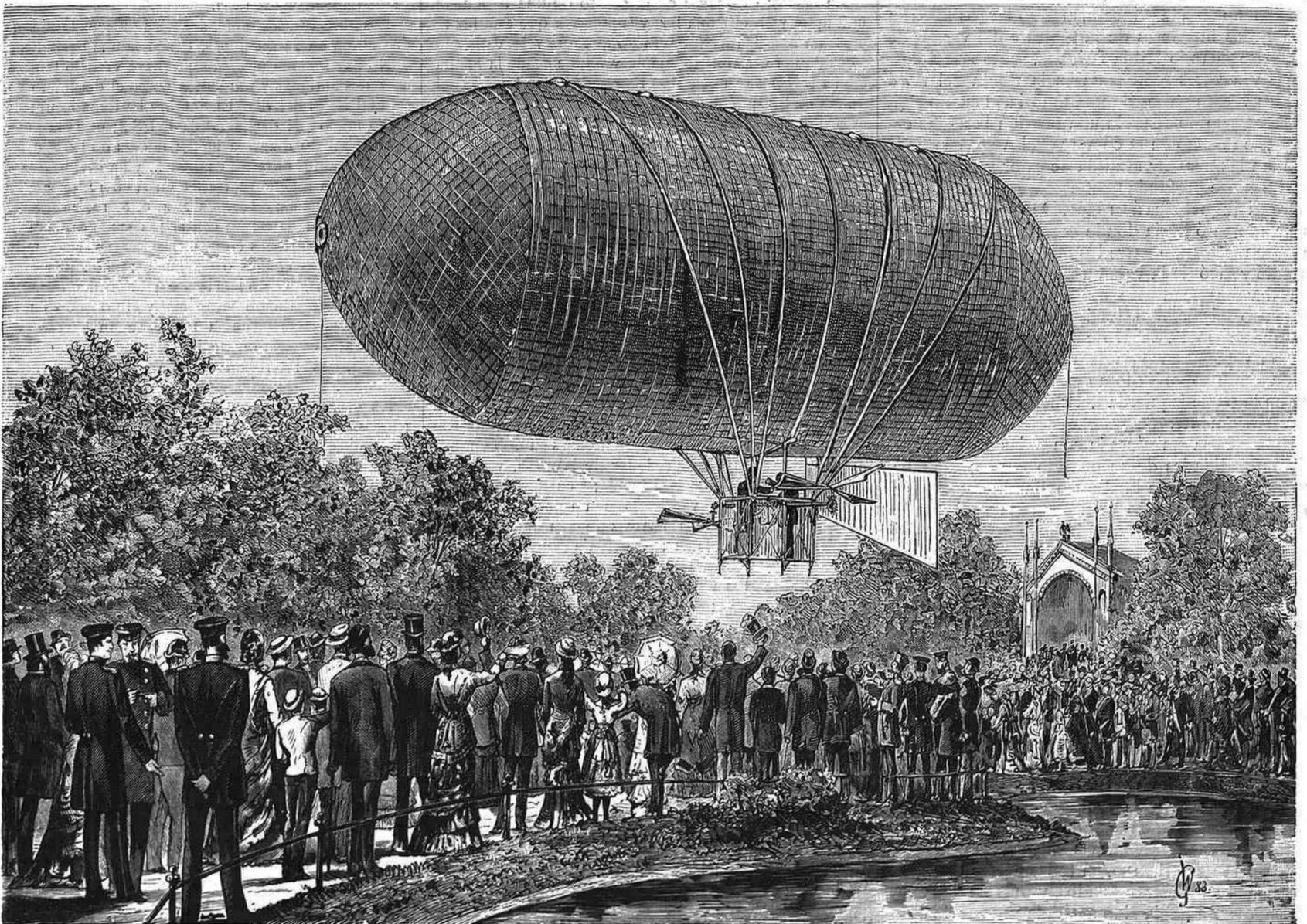
Como se ve, no puede darse discrepancia mayor!!!

Para evitar, pues, la confusión que resulta de tan arbitrarias y caprichosas subdivisiones del tiempo, y para orillar, además, las objeciones y serias dificultades que presenta el sistema de que cada pueblo empiece á contar el día cuando el Sol pasa por su meridiano especial, se agita hoy en el mundo científico una interesantísima cuestión: la de la cuenta del tiempo cosmopolita; y la no menos importante de un primer meridiano internacional.

El sistema egipcio (como dice muy atinadamente el célebre ingeniero Sanford Fleming) tendría acaso su razón de ser cuando la humanidad era muy joven todavía, y la civilización estaba en esta parte del mundo reducida al estrecho Valle del Nilo; pero hoy esa división del día en dos mitades es, no sólo sobremanera inconveniente, sino que también la cuenta del tiempo local es enteramente incompatible con nuestros adelantos científicos, y perjudicialísima en grado sumo para los modernos intereses de la civilización.

Afortunadamente, no se hará esperar mucho tiempo una solución satisfactoria.

E. BENOT



ENSAYO EN BERLIN DE UN NUEVO GLOBO DIRIGIBLE

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON